

FIESTAS ARISTOCRÁTICAS



EL SALÓN DEL PALACIO DE CERRALBO, DONDE SE CELEBRÓ LA FIESTA DE ANTEAÑOCHÉ

orden estrecho de administración. Pero con la ida que llevaba quedaria todo el caudal liquidado en media docena de años. Tarde vió el lion el abismo en que habia de caer; pero aún podía salvar una parte del haber patrimonial si se plantaba en firme y ponía un freno á sus desórdenes. Sobre esto le habló con cariñosa severidad un día su amigo Beramendi; tan instructivo fué el sermón, exégesis de aquella sociedad y de otras más próximas á la nuestra, que la historia se dignó traerlo acá y hacerlo suyo.

*

«Estás arruinado, Guillermo, y sólo trazando una raya muy gorda en tu vida, con propósito de cambiar ésta radicalmente, podrás salvar lo preciso para vivir con decencia, sin locuras. Dices que aún cuentas con la herencia de tu tío el marqués de Benavarre, y con ese monte de la sierra de Guara, que denunciado ya como terreno carbonífero, puede ser para tí un monte de oro. No te fíes, Guillermo; tu tío puede cambiar de propósito, si llega á enterarse de los humos que gastas, y en el monte no pongas tus esperanzas: una vez entre mil dejan de salir fallidas las ilusiones de los mineros. Déjate, pues, de montes de oro y de ríos de plata, y hazte cargo de la realidad, y oye bien lo que voy á decirte, que es duro, muy duro, pero saludable. Por algo soy el amigo que más te quiere.

La vida que vienes haciendo del 50 acá es enteramente estúpida; tu conducta es la de un idiota. Imbecilidad pura es tu vida, y así la llamo pensando que todavía no la califico tan severamente como merece. Y voy más allá, Guillermo: sostengo que no hay derecho á vivir así. Se dice que cada cual hace de su dinero, de su tiempo y de su salud lo que quiere; y yo afirmo que eso no puede ser.

En el dinero, en el tiempo y en la salud de cada persona hay una parte que pertenece al conjunto, y al conjunto no podemos escatimarla... Una parte de nosotros no es nuestra, es de la totalidad, y á la totalidad hay que dársela. ¿Qué? ¿Te asombra? ¿No entiendes lo que digo? Pues lo repito, y añado que están por hacer las leyes que determinen esa parte de nosotros mismos perteneciente al acervo común, y que ordenen la forma y manera de que los demás, todos, le quiten á cada cual esa partija que indebidamente retiene. Las leyes que faltan, se harán: ni tú ni yo lo veremos, pero cree que se harán... Y mientras las leyes vienen, debemos anticipar su cumplimiento con algo que se parezca á la ley nonnata. Tú, Guillermo, eres idiota y criminal, porque gastas todo tu dinero, todo tu tiempo y toda tu salud en no hacer nada que conduzca al bien general. El que no hace nada, absolutamente nada, debe desaparecer, ó merece que le tosen los bienes que derrocha sin ventaja suya ni de los demás. Me dirás que yo soy lo mismo que tú, que vivo en grande, sin trabajar ni producir cosa alguna. Estás equivocado: yo hago algo, no todo lo que debo; pero con un poquito de acción útil cumplo la ley, y no soy, como tú, materia inerte en la Humanidad. Yo gasto parte de las rentas de mi mujer en vivir bien y decorosamente, sin escarnecer con un lujo desfachatado á esta familia española, compuesta de pobres en su gran mayoría. Yo no cultivo mis tierras, no ejerzo ninguna profesión ni oficio; pero no puede decirse de mí que nada produzco. Yo he producido un hijo, y en criarle y educarle para que sea ilustrado, saludable y hombre de bien pongo todo mi espíritu y empleo casi todas las horas del día. ¿Qué... te ries? ¿Te parece poco?

No me interrumpas... déjame seguir. Voy á contar por los dedos... por los dedos no, pues son pocos para tan larga cuenta... Voy á recordarte los crímenes de imbecilidad que has cometido, para que te horrorices: cubrir de piedras preciosas el seno hiperbólico de la Navalcarazo, que te lo agradeció diciendo, al mes de romper contigo, que eras un niño de la Doctrina Cristiana. Para pagarle á Samper toda aquella quincafila fina, tuviste que hipotecar dos dehesas... á dehesa por pecho. Sigo: no fué menor imbecilidad regalarle á Pepa la Sevillana una casa de tres pisos en la calle de Belén. Habrías cumplido con una casa de muñecas... para jugar á los compromisos... Imbecilidad de marca mayor, los convites de docientos personas que dabas en tu finca de Aranjuez; con tren especial, comilonas servidas por Lhardy, y champaña de la señora viuda de Cluquét á todo pasto... En tus chapuzones con la de Cardena no pudiste deslumbrar á ésta con alardes de lujo insensato, porque ella es más rica que tú, como diez veces más rica. Pero de aquella fecha data tu furor de coches y caballos, que luego llevaste al delirio en tiempo de la Villaverdeja, grande apasionada de las cosas hípias y cocheriles. El colmo del idiotismo veo en tu afán de pasear por Madrid trenes lujosos, y la misma Villaverdeja ó la Belví de la Jara, no estoy bien seguro, te hizo justicia poniéndote el apodo del *Faetanto*. Te han hecho un daño inmenso tus viajes anuales á París, y el flujo de imitar las opulencias que has visto en aquella capital. Bien podrías haberte lucido discretamente en este coronado villorrio, sin importar las grandezas que allí son proporcionadas y aquí desmedidas. Añadiendo á estas locuras el bosteo de tu casa, tus almuerzos y cenas, tu protección á innumerables vagos que, adulándote, te trastornan y con astutas soclinas te saquean, tenemos, mi querido Guillermo, que el Bobo de Corta es un sábio comparado contigo.

Pero el punto en donde llegas á la suprema imbecilidad y al idiotismo más perfecto, lo vemos en tu enredo con la Montecorgaz. Si en otros amores te arruinabas neciamente, al menos veías satisfecha tu vanidad. Los brillantes de la

O'Donnell

por GALDOS

Tomo XXXV de los Episodios Nacionales, y V de la cuarta serie.— Aparecerá en las librerías el día 25 de este mes.

Gracias á la bondad del gran novelista español podemos anticipar á nuestros lectores uno de los más hermosos fragmentos del nuevo Episodio:

Guillermo de Aransis, marqués de Loarre por sucesión directa, conde de Sámames y de Perpelli por su parte en la herencia de San Salomó, era un joven de excelentes prendas, corazón bueno, inteligencia viva; prendas hay que se hallaban en él ahogadas, ó por lo menos comprimidas debajo del avasallador prurito de elegancia. Resplandor de la belleza es la elegancia, y como tal no puede negársele la casta divina; pero cuando al puro fin de elegancia se subordina toda la existencia, alma, cuerpo, voluntad, pensamientos, sobreviene una deformación del ser, horrible y lastimosa, aunque, en apariencia, no caiga dentro del espacio de la fealdad. Dotado de atractivos, hermosa figura, palabra fácil y seductora, no veía más que para agregar á su persona todos los ornamentos y toda la exterioridad que habia de darle brillo y supremacía evidentes entre los individuos de su clase. Exaltado su amor propio, no reparaba en medios

para obtener tal supremacía y hacerla indiscutible; sus trajes habian de ser los más notorios por el sello de la personalidad, siguiendo la moda con el precepto sutil de acatarla sin parecerse á los que ciegamente la seguían. Habia de ser lo suyo distinto de lo general, sin disonancia, ó con sólo una disonancia que, por muy discreta, llevaba en sí la deseada y siempre perseguida superioridad. Se preciaba, ó de inventar algo en el arte de vestir, ó de ser el primero que importase de los talleres parisienses las formas nuevas, cuidando de presentarlas modificadas por su gusto propio antes que el uso de los demás las generalizara. En todo esto, para que resultase verdadera elegancia, la naturalidad sin estudio alejaba toda sombra de afectación.

A estos primores del vestir seguían los del andar en coche. Muy santo y muy bueno, legítimo á todas luces, es que no salgan á pie los ricos, y que gasten coche para su comodidad, decoro y recreo; pero que se pasen el día ostentando formas y estilos nuevos de carruajes, guiándolos con más trabajo de cocheros que descanso de señores, es un extremo de vanidad rayano en la tontería. El elegante toma con esto un carácter profesional, siente sobre sí la mirada crítica y exigente del público; ha de divertirse antes que divertirse; los bonitos caballos de tiro y de silla pregonan su riqueza y buen gusto, y al fin se estima y alaba más la gallardía de sus bestias que la suya propia.

Naturalmente; las vanidades del orden santuario iban á resumirse y coronarse en la vanidad amorosa Aransis llegó á creer que uno de los principales fines de la Humanidad era que se prendasen de él todas las mujeres hermosas que en Madrid habia. Lo consideraba en ellas como una obligación, y en sí como un cumplimiento

de las leyes de su destino. Con todas entraba, alcurniadas y plebeyas, más afortunado tal vez en las zonas altas que en las medias de la sociedad, por venir esta corrupción de arriba para abajo, cosa, en verdad, que no es nueva en la historia de los pueblos. Imposible referir todas las proezas de amor con que ilustró su juventud el marqués de Loarre, y, sobre difícil, la estadística sería poco interesante, por carecer estas aventuras, en el prosaico siglo XIX, de la poesía erótica y caballerescas que en edades de más duras costumbres tuvieron. La tolerancia de hecho encubierta con la gatzmoferia pública, la flexibilidad moral y el culto frío y de pura fórmula que la virtud recibía, quitaban toda intensidad dramática á las transgresiones de la ley. Salían de los palacios estas historias, sin que, al pasar de la realidad á las lenguas, movieran ruidosamente la opinión, ni escandalizaran en grado más alto que el común de los sucesos privados y públicos. Como los pronunciamientos y motines, como las revoluciones á tiros ó á discursos por ganar el Poder, estas inmundicias del mundo heráldico iban tomando carácter crónico, que apenas turbaba la paz de las conciencias amodorradas.

Si en los amores de garbosa vanidad, y en otros de pasional demencia, se iba dejando Aransis vellones de su fortuna; el vellón más grande lo perdió con la marquesa de Montecorgaz, dama en extremo dispendiosa, con menguada riqueza por su casa. Era un zarzal con tantas púas, que el marqués de Loarre perdió en él toda su lana. Los estados de Sámames y Perpelli quedaron como si dijéramos desnudos, en fuerza de hipotecas. No era en total la fortuna de Guillermo de las más altas de la grandeza; podía con ella vivir holgada y noblemente, sujetándose á un

Navalcarazo, la casita de Pepa la Sevillana, los coches de la Belvis de la Jara, y tus facones, tus caballos normandos ó cordobeses ó del Demonio, te daban fama de esplendor y el diploma de hombre de buen gusto. ¿Pero qué ibas ganando con la Monteorgaz, más graciosa que bonita y más elegante que joven, que tiene detrás de sí un familión lamélico, capaz de tragarse el dinero de media España y de digerirlo sin que se le resienta el estómago?...

*

Veo que si te subes á la parra de la dignidad—prosiguió Beramendi—, no trepas tan alto como yo creía. Calma, y ojo á los hechos reales. Ponte en el exacto punto de mira, y aléjate del sentimentalismo, que te alteraría las líneas y color de los objetos... Ahora, dando por hecho que trazas en tu existencia la línea gorda de que antes te hablé, establezcamos el sano régimen económico en que de hoy en adelante has de vivir. Para librarte de la usura, que en poco tiempo te dejaría sin camisa, es forzoso que levantes un empréstito en grande, no para salir del día y del mes, sino para salvar definitivamente los restos de tu patrimonio...

Y ahora dígo yo: ¿á qué capitalistas debemos acudir? Piensa tu, recorre tus conocimientos; yo pasaré revista en los míos. ¿Qué te parece don José Manuel Collado? De Rodríguez y Salcedo, ¿qué me dices? ¿No eres tú amigo del duque de Sevillano? Yo lo soy de D. Antonio Guillermo Moreno... Cerrajería y Pérez Hernández, me consta que han hecho negocios de esta índole... ¿Quieres que mi suegro y yo hablemos á don Antonio Álvarez y á D. Antonio Gaviria, ó crees tú que podrás entenderte fácilmente con Casariego? ¿Has pensado en Udaeta, en Soriano Pelayo? ¿Podríamos contar con Zafra, Bayo y Compañía, si habláramos á nuestro amigo Adolfo Bayo?

Debo advertirte, para que no te adormezcas en una confianza optimista, que nuestros hombres de dinero no se aventuran en ningún negocio que no vean claro y seguro desde el momento en que se les plantea. Por rutina y por comodidad, van tras las ganancias fáciles, con poco riesgo y sin quebraderos de cabeza. Han tomado el gusto á las gangas que nos ha traído la transformación social; se han acostumbrado á comprar bienes nacionales por cuatro cuartos, encontrándose en poco tiempo poseedores de campos extensos, leraces, y no se avienen á emplear el dinero en operaciones aleatorias de beneficio lento y obscuro. No les censuramos por esto: es condición humana.

Que nuestros ricos están á las maduras y no á las agrías, lo ves palpablemente en que pudieran agruparse y acometer con dinero español empresa tan nacional y útil como el ferrocarril de



UNA INSTANTÁNEA DEL SALON DE CERRALBO

Madrid á Irún, y se han echado atrás, dejando esta especulación en manos de extranjeros. No sienten estos señores el negocio con espíritu amplio y visión del porvenir: ven sólo lo inmediato, y se asustan de la menor sombra. Carecen de la virtud propiamente española, la paciencia. Verdad que esta virtud no la tenemos más que

para el sufrimiento... Otra cosa. Es fácil que un solo capitalista no se atreva solo con tan grande operación, y que se reúnan dos ó tres en resaca para tirar de tí, pobre carro atascado en los peores baches de la existencia.

En fin, sea lo que fuere, tú por tus relaciones, yo por las mías, buscaremos un Creso, entre los pocos Cresos españoles que tengan el sentido de la reconstrucción, en vez del sentido de la destrucción. Porque no lo dudes: un principio negativo les ha hecho ricos... Grandes casas son levantadas con material de ruinas... Han contratado el derribo de la España vieja. La nueva ¿quién la construirá?

B. PÉREZ GALDÓS

Figuras del pasado

Por las sombrías alamedas del antiguo castillo de Banchote pasea todos los días, solitaria y sonriente, una mujer á la que si Dios no hubiera otorgado la misericordia de privarla de la razón, borrando por completo su memoria, hoy derramaría lágrimas de dolor, en vez de recoger flores, que es lo que hace diariamente.

Porque esa mujer es la Emperatriz Carlota de Méjico, y ayer, 19 de Junio, hizo treinta y siete años que fué fusilado su esposo el Emperador Maximiliano.

¡Treinta y siete años! ¡Qué rápido pasa el tiempo! La Emperatriz era entonces una mujer joven y hermosa, que tenía veintisiete años. Nacida en las gradas del Trono de Bélgica, se casó al cumplir las diez y seis primaveras con un Príncipe «charmant», al que adoraba, Fernando, un hermano del Emperador de Austria.

Tranquilos y dichosos vivían gozando de su amor en el castillo de Miramar, cuando se presenta la ambición á ofrecer una Corona. Carlota era nieta de Luis Felipe y sentía el anhelo de reinar que es histórico en los Orleans.

—¡Acepta!—le dijo á su esposo—, y él, que no tenía más voluntad que la de ella, aceptó. Cambió su nombre por el de Maximiliano I de Méjico, y en Méjico encontró la muerte.

La desdichada esposa, que había venido á Europa á implorar el apoyo de Napoleón III, del Papa, de su cuñado el Emperador de Austria, imploró en vano.

Hoy, como todos los días, saldrá á recoger flores en los jardines del solitario castillo que le sirve de morada y adornará con ellas sus cabellos blancos...

EL "CAMBIO," Y EL "QUIEBRO,"

Cuestión vieja que vuelve á estar sobre el tapete: el «quiebro» y el «cambio». ¿Tiene razón el «Gordito»? ¿Está Fuentes en lo firme? ¿Es lo mismo parear «al quiebro» que parear «al cambio»? Y si son dos cosas distintas, ¿es practicable el «quiebro» ó es un mito taurino?...

El asunto planteado en la discusión de Antonio Carmona con Antonio Fuentes ha sugerido á «El Noticiero Sevillano» la idea de abrir una información entre revisores de toros, diestros de fama y aficionados competentes.

Ayer pidió por telegrafo á la Agencia Mencheta que le enviase por el mismo conducto las opiniones de críticos y toreros residentes en Madrid.

He aquí las telegrafadas, que publicará hoy el mencionado diario sevillano.

MARIANO DE CÁVIA

(Sobaquillo.)

Opino que el «quiebro» y el «cambio» son dos suertes distintas. En el cambio quedan los pies en libertad para sus movimientos. En el quiebro, han de estar tan parados, firmes y juntos, que el «Gordito» lo daba con los pies metidos dentro de un sombrero de copa, y «Lagartijo» con los pies atados por un pañuelo. Y se le llama quiebro, porque se da con un quiebro de la cintura exclusivamente.

JOSÉ DE LASERNA

(Aficiones.)

Yo he visto al «Gordo» citar á banderillas, esperar y clavar, puestos los pies en un sombrero de copa, y la misma suerte á «Lagartijo», con los pies sobre un pañuelo.

De lo que no estoy seguro es de si en el momento de la reunión «quebraron» ó «cambiaron».

Porque no comprendo cómo se puede dar la salida á cuerpo limpio y á pies firmes.

EDUARDO MUÑOZ

(N. N.)

Banderillas al quiebro.—Las que clava el diestro con los pies fijos y desviando el viaje de la res con un movimiento preciso y difícil de la cintura.

Al cambio.—La misma suerte, desviando al toro con un movimiento de los pies. Nota mía.—Yo no he visto á ningún torero clavar banderillas al quiebro según la precedente receta.

Ahora en broma.—«Cambio» es el proyecto sobre saneamiento de la moneda presentado por el Sr. Villaverde á las Cortes.

«Quiebro» es el que ha dado el Sr. Villaverde no presentándose más en las Cortes. Esta explicación, aunque no es mía, me la apropió porque me ha hecho gracia.



EL MARQUÉS DE CERRALBO EN SU DESPACHO

KASABAL



RETRATO DE UN CABALLERO

**LOS CUADROS DEL "GREGO,"
VENDIDOS POR EL CABILDO DE VALLADOLID**

A las afirmaciones lanzadas por el Sr. Alvarez Taladriz sobre el asunto de los cuadros del Greco, que ayer publicamos, contesta también en *La Libertad*, de Valladolid, del 17, el Sr. Castro en nombre del cabildo.

Habla el Sr. Castro del derecho de propiedad del cabildo sobre los cuadros, comenta humorísticamente lo de venta inmoral de que el Sr. Taladriz habla, y contesta al cargo de abuso de confianza que envuelve la disposición del cabildo de vender obras del Greco, que todos los inteligentes y museos del mundo se disputan y que fueron donadas a la catedral hace siglos, en esta forma:

"Que tales objetos no se legaron con el fin que usted expone; pues así como no me dirá usted que se dieron para que se guardasen mantos que se apollan, cacharros que se rompen, ajuar de casa que no sirve para la Iglesia, todo lo cual vino juntamente con los cuadros que pertenecían a aquellos antiguos fundicós que al morir entregaban todos sus bienes, muebles, libros, cuadros, etc., a la Iglesia, para que ésta hiciese de ellos lo que quisiera y les vendiese, si el cabildo lo creyese oportuno, según consta en multitud de escrituras que se hallan en el Archivo."

Indudablemente, con arreglo a la ley, el cabildo tendrá derecho a vender, como los cuadros en cuestión, otras muchas joyas artísticas, y ejercitando ese derecho podrá dejar desmantelada de obras de arte la catedral; hoy, por motivo de un órgano, sin el que podrían pasarse, y mañana y todos los días por otros motivos, y a eso vamos precisamente; a que las obras insustituibles, como éstas del Greco, se vendan para atender a menesteres vulgarísimos.

En motivos análogos se fundan todos los cabildos, curas y capellanes para vender, malbaratar casi siempre, las obras de arte, que no saben estimar y que desaparecen sin ruido para figurar en seguida en colecciones ó en museos extranjeros.

Al humorismo con que comenta el calificativo de inmoral que el Sr. Alvarez Taladriz aplica a la venta de los cuadros, responderá la indignación pública ante el desconocimiento por el cabildo de los altos intereses de la cultura que desprecia.

No estará prescrito por la ley, pero sí está en el corazón de todos los hombres instruidos la devoción a las obras de arte, el amor ferviente cuando se hallan ligadas a la propia historia y cuando, además, son codiciadas por extraños que nos quieren arrebatarse la honra de poseerlas.

Está en el corazón de todos que la Iglesia no puede equipararse con los particulares. La historia de la Iglesia ha sido la de la nación misma, y si voluntariamente deja en éstas trascendentales cuestiones artísticas de representar los grandes intereses nacionales, ¿no abdica en algo de un gran papel?

La Iglesia vende joyas artísticas porque no existen leyes prohibitivas, aunque se lo prohíben los sentimientos de la nación; y esos sentimientos corresponderán a tal conducta con tanto más desvío cuanto mayor es su desamparo por la ley escrita.

Hemos transcrito el párrafo en que los cuadros del Greco se equiparan con los cacharros y ropas que figuran en el mismo legado, para que los lectores vean en manos de quienes están tantas joyas artísticas, de las que pueden disponer a su antojo.

Hoy publicamos reproducciones de los retratos vendidos por el cabildo catedral de Valladolid.

CRÓNICAS AGRÍCOLAS

Siega a mano y con máquina.

Estamos en pleno período de recolección; comienza para el labrador de la tierra la más ingrata, la más ruda de las faenas; por una parte, los malosoros le amenazan con pedriscos destruyéndole el fruto de sus afanes de todo un año; de otra, el sol arrebatada las mieses, secando los cereales y poniéndolos en condiciones de que se desgranen si no se les recoge a su debido tiempo; quiere llevar a su campo el número de braceros que le precisan, y la ley de oferta y demanda le sube el precio de los mismos, a punto de encarecerle los gastos de cultivo en cuantía de no poder competir con los demás países, en donde los adelantos han resuelto la mayor parte de estos pequeños problemas que, integrados, hacen la suma "imposibilidad"; y no es el punto de vista económico el que más parte toma en nuestro juicio para ver con sentimiento esas verdaderas caravanas de hombres que se expatrian temporalmente en busca de un pequeño puñado de plata, que ganan en una labor que sólo la costumbre puede convencer sea de hombres libres y no de esclavos.

Es preciso estar muy habituado a ver un hombre encorvado bajo un sol canicular, diez y ocho horas de las veinticuatro del día en continuo movimiento, acicatado por un miserable destajo, para no sentir en el alma punzadas de compasión y aun alientos de redentor; no son lirismos románticos pasados de moda; son positivimos de la moderna escuela los que nos hacen ver las cosas como son; el que, como nosotros, haya visto más de una vez el triste espectáculo que ofrece un hombre sano y fuerte, en plena vida, trabajando sudoroso, con el afán que lo hace quien para sí trabaja, caer de bruces como herido por un rayo para no levantarse jamás, pensará cuánta razón nos asiste para escribir estas líneas; todo lo que se haga para redimir al obrero de esta rudi-

sima faena, es poco, y todo sacrificio, por parte del patrono y el Estado, para dificultarla, pequeño.

Por fortuna para la Humanidad, no es problema sin solución; antes al contrario, le consideramos resuelto y bien resuelto. La inteligencia ha venido a sustituir la fuerza bruta en casi todos los órdenes de la vida, y en este caso concreto con un primor que hace soñar que Ceres, compadecida de sus adoradores, les ha entregado la máquina de segar para alivio de sus males.

Cualquiera que sea el punto de vista que tomemos para estudiar el asunto que nos ocupa, la conclusión sentada será la misma; pero ya que de un trabajo se trata, tomémosle en su aspecto económico, que es el más racional y el que persiguen los que han de gozar las ventajas que proporciona.

Si no analizamos bien el asunto, parece paradójico a primera vista el párrafo anterior, cuando del segador se trata; mas no es así; a poco que ahondemos con el escalpelo del análisis, veremos que el primer beneficiado con el uso de esta máquina es el obrero mismo, no ya por aquellas consideraciones de altruismo que dejamos apuntadas, sino en cuanto a su ganancia se refiere.

Un obrero en siega sale de su casa a luchar con la muerte alguna vez, y con un trabajo forzado siempre, para ganar, como máximo, 125 pesetas, las cuales no son completas, pues algo pierde en no atender las faenas de su casa durante su ausencia; parece cierto que es ésta la cantidad que le restará el uso de las máquinas, más no es así; la máquina, como luego veremos cuando hagamos su cálculo económico, abarata la producción del trigo en seis pesetas el hectolitro; la base de la nutrición del obrero es el pan, del que consume al año, entre él y su familia, término medio 18,25 kilos, que son producto de 10 hectolitros de trigo, que, como pueden ser obtenidos con una economía de 60 pesetas, sin trabajo ninguno, se encuentra el obrero, él y sus hermanos, beneficiados con ellos; algo gana también empleando el tiempo que invertía en la siega en cualquier otra faena, y si se me dice que ahorrando brazos se llegaría a carecer de la necesidad de los obreros, contestaré que las extensas dehesas de Extremadura están sin cultivo, por falta de ellos y por ser caro el sistema cultural hoy empleado en España; pero cuando se utilicen los medios que la ciencia aconseja, antes serán precisos muchos más de los que tenemos, que quedarse parados y sin labor ni uno sólo de los que hoy sufren los rigores de la naturaleza, que se resiste a soltar su presa.

Será el obrero mismo el que ha de conducir las máquinas, ganando en su jornal algo más y con mayor comodidad de lo que hoy gana; es su familia la que seguirá el recogiendo las mieses que corta, haciéndolas y ganando por ello jornal

sin salir de su hogar; creo que todas estas razones prueban más que suficientemente que es él el primer interesado en la implantación del sistema.

En lo que al Estado se refiere, es claro que, siendo más barato el cultivo, han de explotarse mayor número de hectáreas, y por tanto los ingresos de su Hacienda serán mayores; he aquí el primer beneficio directo; necesitando mayor número de brazos por ser la mayor extensión cultivada, habrá de contenerse la emigración que todos los años desangra la ya anémica patria; y si por este sistema se consigue que todos los españoles coman el pan a precio más reducido, creo que será tan interesado como el obrero en que aumente el uso de estas máquinas.

Aquí viene de molde una pequeña digresión, que por ser de vital interés nos permitimos.

Siendo tantos los beneficios que al Estado se reporta con el uso de estos artefactos, no habiendo perjuicio para nadie (pues hoy no los podemos construir en España y dudo se pueda poner en competencia con los Estados Unidos, de donde proceden, en muchos años) ¿por qué no ha de declararse libre de aduanas máquina que tanto bien nos reporta?

Queda sólo por estudiar el beneficio que rendirá a los propietarios que la empleen en su faena; para ello nada más gráfico ni convincente que una cuenta comparativa de gastos y productos de ella cuando se ejecuta a brazo y cuando se hace a máquina; pero antes de plantear esas cuentas, que reservamos para el final, séanos permitido hacer algunas consideraciones de orden diferente, pero que alcanzan importancia tal, que, aun no siendo estricto el procedimiento, haría oscilar ánimo en sentido completamente favorable a la máquina.

Es indudable que en toda empresa, en todo trabajo humano hay un factor X, dependiente exclusivamente del azar, que multiplica a los demás concurrentes que forman el producto, perturbándole de manera que a veces éste es negativo.

La incógnita a que nos referimos no puede ser eliminada en ningún asunto del hombre; pero si escapa al cálculo más previsor, en cambio la inteligencia puede aminorar su valor, y se considera un país tanto más civilizado cuanto menos el azar influye en sus designios, y un proyecto mejor hecho cuanto menos riesgos corra sus resultados; ahora bien, concretándonos al asunto que nos ocupa, si conseguimos acortar el tiempo que la mies está expuesta a los incendios, granizos, langosta y demás enemigos; si tenemos en nuestra mano el medio de acelerar la siega si los calores agostan nuestros campos, no dejando que las espigas, por estar pasadas, pierdan un 20 por 100 de semilla al desgranarse, y si, además, podemos presentar en el mercado nuestros productos antes que ningún país del Norte, creo que habremos ganado por estas condiciones



EL CARDENAL QUIROGA

algo más de lo que representa en dinero la pequeñez del coste de la siega.

Presentemos, para finalizar, las cuentas de gastos de

La siega á mano (1)

POR HECTÁREA

	Pesetas.
Destajo de la siega.....	25
Atado.....	6
Vencejos.....	1,50
	32,50

Siega con máquina atadora

POR DÍA

	Pesetas.
Amortización de la máquina en cinco años, segando veinte días.....	16
Dos yuntas.....	10
Dos jornales.....	8
Aceite.....	0,30
Hilo.....	12
	46,30

(1) Esta cuenta está hecha con datos prácticos tomados en Aragón.

Dividiendo por cuatro hectáreas que siega al día..... 11,57

Como se ve, la economía obtenida con la máquina por hectárea es de 20,93 pesetas, á la cual hay que añadir el valor de una simiente que se recoge de más por lo que desgrana la mano del hombre azotando la mies, los destrozos que los segadores causan deshaciendo haces para sus camas, el menor riesgo para los incendios que hay cuando no se reúnen grandes masas de operarios en el campo (fumadores los más) y algunos otros provechosos de escasa importancia, que pueden valorarse, como hemos dicho, en 1,50 hectolitros, que valen 33 pesetas, las cuales, sumadas á las 20,93, dan un total de 53,93 como beneficio calculado.

FIDENCIO GROS, Ingeniero agrónomo.

Mariposas y lámparas nocturnas

Es sabido que la luz ejerce sobre muchos animales una atracción notable, que siempre se ha tratado de utilizar para la captura de ciertos insectos raros ó perjudiciales. Hasta ahora no se había pensado en

determinar, por experimentos comparativos, el empleo de las radiaciones luminicas. Mr. Joseph Perraud acaba de llenar esta laguna, habiendo dado ya á conocer el resultado de sus experimentos.

Accionando sobre lepidópteros nocturnos, Mr. Perraud ha comprobado, por lo pronto, que dichas mariposas, siendo capaces de percibir las diferentes radiaciones luminosas del espectro, se impresionan de un modo distinto por aquéllas, y que la luz blanca es la que ejerce sobre las mariposas mayor atracción.

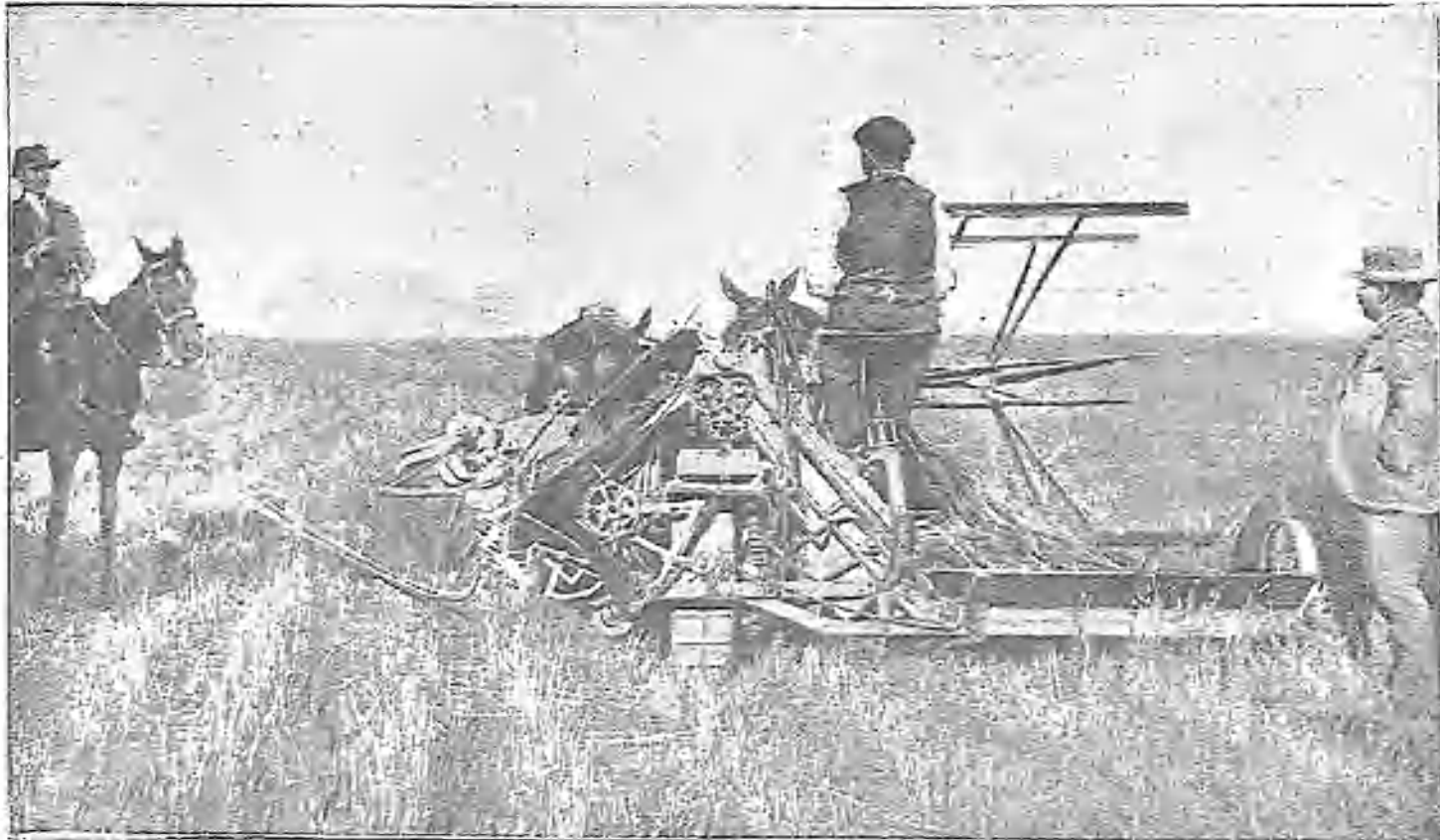
Una particularidad imprevista; la luz difusa es más atractiva que la luz viva.

Hay, pues, la ventaja, para el empleo de las lámparas cazadoras, de poder disminuir el esplendor intrínseco de la corriente luminosa y conservar la misma intensidad total, aumentando la superficie luminica por medio de difusores. Se consigue este resultado recogiendo, por medio de un reflector blanco, el mayor número posible de rayos lumínicos.

En resumen: la caza de mariposas más eficaz es la obtenida con esta clase de lámparas, cuya intensidad es la de una bujía decimal, provistas de difusores.



PRISIONEROS HONGHUSES ESPERANDO LA SENTENCIA EN LA PRISION DE MUKDEN (CHINA) PARA SER SOMETIDOS AL SUPLICIO



UNA MÁQUINA SEGADORA

PASATIEMPOS

CHARADAS

Cuando llueve me aburre de tal modo, que nadie me dos prima de mi todo.

*

Como nunca me han todo en la dos tercia por ser pobre quízás, á nadie yo tampoco una dos cuartos, y quedamos en paz.

FUGA DE CONSONANTES

o. u. i. a. l. o. u. u. i. o. u. a. a. i. o. e. o. a. a. a. o. a. a. i. e. a. o. o. a. e. i. o.

Las soluciones, mañana.

*

Soluciones de los pasatiempos de anteayer: Al rombo:

P S A L P A V I A L I S A

A la charada: TE-A-TRO.

Folleto de EL GRÁFICO (7)

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA

H. G. WELLS

EL ESCRITOR MÁS POPULAR HOY EN INGLATERRA

DIBUJOS DE SIMONET. — TRADUCTOR: VICENTE VERA

—Me parece que no costaría gran cosa transportar pesos, cualesquiera que fuesen, encerrados en un embalaje de cavorita.

—¡Es verdad! ¡No había pensado en eso! Mercancías entregadas libres de gastos en la mano del comprador. ¿No es eso?

—Además, no habíamos de limitarnos exclusivamente á la luna.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que tenemos también á Marte, con una atmósfera clara, con panoramas nuevos, con una sensación placentera de ligereza... También sería muy agradable ir allí.

—Y hay aire en Marte?

—¡Oh! Sí, ciertamente.

—Cualquiera que le escuchase á usted creería que no es más difícil llegar á ese planeta que dirigirse á un sanatorio. Y á propósito. ¿Cuánto dista Marte de aquí?

—Unos doscientos millones de millas, actualmente—dijo Cavor—. Y se pasa muy cerca del sol.

—A todo esto, mi imaginación empezaba á trabajar ante todas estas ideas, tan nuevas para mí.

—Después de todo—me dije—, hay algo en todo esto, aunque no fuese más que el viaje.

Y, en efecto, un extraordinario panorama se presentó de súbito ante mi mente. Vi, como en una visión, el sistema solar entero recorrido por proyectiles «á la cavorita» y por convoyes de «esferas de lujo». Derechos de prioridad interplanetaria para la compra y venta de productos en favor de nuestra Compañía.

Pensé en el antiguo monopolio del oro en América; y que no se trataba de este producto ó del otro, sino de todos ellos.

Observé entonces la rubicunda faz de Cavor, y mi imaginación se desbordó. Me levanté del asiento, y empecé á pasearme por la estancia, presa del mayor entusiasmo.

—Comienzo á ver claro, amigo mío. Comienza á ver claro todo el asunto en toda su grandeza—exclamé.

El tránsito de la duda á la convicción fué instantáneo.

Es extraordinario, es enorme, es inmenso; jamás hubiers soñado en una cosa parecida—continué, sin dejar de pasearme por la habitación.

Una vez que mi oposición á los proyectos de Mr. Cavor hubo desaparecido, la sobreexcitación de mi amigo, contenida hasta entonces, se manifestó en toda libertad.

Levantóse él también de su asiento y se puso á pasear por la habitación, gesticulando y hablando con el mayor entusiasmo.

Nos conducíamos como hombres iluminados, y en realidad éramos hombres iluminados.

—Ya arreglaremos todo eso—me dijo en contestación á algunas dificultades que me habían detenido, y que le indiqué.

—Comenzaremos los dibujos para la fundición esta noche.

—Los vamos á comenzar ahora mismo—le respondí yo.



Y nos dirigimos con toda prisa al laboratorio, para poner manos á la obra.

Toda aquella noche estuve como un niño en el país de las Hadas. El alba nos encontró á ambos completamente absorbidos en nuestras tareas, hasta el punto de que mantuvimos la luz eléctrica encendida hasta muy entrado el día y sin fijarnos en este detalle.

Me acuerdo exactamente del aspecto de los dibujos. Yo sumbreaba é iluminaba, y Cavor dibujaba. A pesar de la prisa con que habían sido hechos los dibujos, eran maravillosamente correctos.

Pudimos así, después de aquella noche de trabajo, encargarnos de las armaduras y cortinas de acero que necesitábamos. La esfera de vidrio fué dibujada también en menos de una semana. Suspending nuestras conversaciones y paseos de por las tardes; trabajábamos sin descanso, y sólo dormíamos y comíamos cuando el hambre y la fatiga nos impedía continuar.

Nuestro entusiasmo y actividad se comunicó á los tres ayudantes, aun cuando éstos no tenían ni la menor idea acerca del objeto á que se dedicaba la esfera. El mismo Gibbs perdió su costumbre de andar con mucha cachaza, y se le veía correr en todos sentidos, con el aire de un hombre extremadamente ocupado.

La construcción de la esfera iba, de este modo, avanzando rápidamente.

Pasaron los meses de Diciembre y Enero. Recuerdo que empleé un día entero, armado de una escoba, en hacer un sendero á través de la nieve entre mi pabellón y el laboratorio.

Febrero y Marzo también pasaron. Hacia el fin de este último mes se veía ya la terminación del trabajo.

En Enero, un furgón llegó cargado con una inmensa caja. Teníamos, pues, nuestra esfera de vidrio grueso completamente dispuesta y en posición bajo la grúa que habíamos montado para instalarla dentro de su revestimiento de acero. Todas las barras y las cortinas de la armazón llegaron en Febrero, y la parte inferior quedó montada en seguida.

En rigor, no era una esfera lo que fabricábamos, sino una capacidad poliédrica, provista de una cortina de muelle para cada faceta.

La fabricación de la cubierta quedó casi terminada al concluir el mes de Marzo; la parte metálica había pasado ya por dos diferentes estados, y las barras y las cortinas de acero estaban ya recubiertas en parte con la pasta que, al enfriarse, había de constituir la cavorita.

Era sorprendente ver cuánto nos ajustábamos en la práctica á las líneas de la primera inspiración de Cavor.

Cuando terminó por completo el montaje de la esfera, propuso mi amigo desmontar el tejado del laboratorio en que trabajábamos y construir un horno. De esta manera, la primera fase de la fabricación de la cavorita, en la cual la pasta se mantiene caliente hasta el rojo sombra en una corriente de helium, se efectuaría cuando la pasta estuviese ya aplicada sobre el poliedro.

Ya entonces tuvimos que discutir y determinar qué provisiones debíamos disponer, á saber: alimentos comprimidos, esencias concentradas, frascos cilíndricos de acero conteniendo oxígeno, un aparato para eliminar el ácido carbónico y restituir al aire su oxígeno por medio del peróxido de sodio, destiladoras para agua y otra porción de instrumentos apropiados. Me acuerdo perfectamente del montón que hacían cajas, paquetes, latas; todo ello un conjunto de cosas muy útiles y prácticas.

Fué aquel un período de sobreexcitación nerviosa y de activi-

